

Haven't they moved like rivers -
like glory, like light -
Over the seven days of your body
(...)
O, the beautiful makeing they do,
of trigger and carve, suffering and stars.
(...)
These hands, if not gods, then why
when you have come to me, and I have return you
to that form which you came - white mud, mica, mineral, salt -
Why then do you whisper, O, my Hecatonchire. My Centimani.
My Hundred-Handed one?*

hacen / de gatillo y talla, sufrimiento y estrellas. / Estas manos, si no son dioses, ¿por qué / cuando has venido a mí, y te he devuelto / a la forma en que viniste

Elle y yo pasamos meses hablando sobre cómo podríamos construir un dormitorio dentro de su salón, “una estructura afectiva”, como lo llamó. Su apartamento, un décimo izquierda, sólo tiene un dormitorio, diáfano y de techos altos. Así que me entregué libremente a nuestros gestos, dibujando repetidamente una especie de dosel de cortinas azul y blanco noche colgando del techo, destinadas a proporcionar intimidad en la zona más expuesta de la casa, el espacio designado para el huésped. Obviamente, este proyecto quedó como nuestra particular “casa en el aire”, pero persiste aún como un espacio dentro de lo que podría ser otro. Al final, movió el armario de sitio y creó así un pasillo donde el sol penetraba por entre las estanterías, proyectando sombras sobre las paredes desnudas y ocultando apenas la cama. Era la separación entre el espacio de descanso y la mesa donde se sentaba a escribir cada mañana. La última vez que visité aquella casa, el armario había cambiado de posición. Casi puedo oír a mi amigo Jaime explicando: “Coloqué la mesa frente a la cama”, cada vez que convivía y escribía con este concepto que es “la casa de mi amor”; en esa concatenación de morada y afectos que también aflora en mi escritura.

Me interesan profundamente estas prácticas de espaciamiento dentro de los espacios, las arquitecturas o espejes afectivos en el espacio, como a veces los llamo. Estos gestos efímeros de crear, al mismo tiempo, residencia y resistencia a partir de posibilidades afectivas reformulan la casa borrosa [el rincón] a la cual me refiero como “la casa de mi amor”. Esta llama a una viabilidad que se aleja del esfuerzo productivo. En un paradigma completamente distinto, la arquitectura afectiva no ortogonal se conecta con un espacio poético polifacético que quiero realzar en estas páginas. Las pienso como instancias literalmente talladas a mano, brillantemente expresadas en las palabras de Fred Moten y Wu Tsang en su texto “Who Touch Me?”.

*El ratón de Susanita es un hecho del lenguaje
yo me he visto en esas
yo me he visto en esas
yo me he visto en esas.*

Me visto con los dientes secos de mi jardín:

*“la Luna me está mirando, no sé lo que me ve,
yo tengo la ropa limpia, ayer mismo la lavé”.*

Todas las niñas solteras llevan anillos blancos cerca del pecho.

*El pasto ralo en la sombra sucia de los nogales
recuerda la masa que descansa en mala sombra.
Cuando lleguen esos ríos cruzaremos esos puentes,
en la noche cruda se puede cantar:*

*“Ponte el codo en la almohada
si los quieres escuchar.”*

[amada mía]

If you want to hear from your beloved
make of these words rooms to enter.
Each transmission a repetition, makes a transmutation,
a trasmission as an alteration.

*El ratón de Susanita es un hecho del lenguaje.
yo me he visto en esas.
me visto con los dientes secos de mi jardín:*

Humming (to deal with a body):

A la rueda rueda de pan y canela, por qué vas tan despacio
al subir la cuesta. Que juegue a la ronda el sol y la tierra
vente burrito arena de siembra no vayas tan despacio
sol de madera.

A la ronda tú, de pan y canela, viento, a la rueda rueda yo
de pan y canela lluvia,
a ver si se acaban todos los problemas jugando a la ronda
pan y canela.

Marta Gómez, La ronda

El “palo de la visualidad” de Descartes me llevó a cómo desaprender lo visual como herramienta (una extensión de la fuerza corporal) de la pregunta “¿Qué tipo de sentimiento quieres coreografiar?”. Es decir: Evocar con movimiento qué movimiento. ¿Cómo se supone que hay que sentirlo? ¿Si todos los instrumentos de sensación / percepción son parciales? ¿Cómo sumergirse en el proceso de producción de una imagen? ¿Cuál es el nivel de rareza de los materiales? ¿Y qué esperan?

*

Estas son piezas fragmentadas de un pasado imaginado, en relación con el olor-oído de Susanita y su ficción. ¿A qué cosas nos aferramos para volver a ellas? Como la historia que Harun contó una vez sobre un abuelo con demencia que en Damasco no dejaba de escaparse de casa para regresar a su antiguo hogar y reclamar a los actuales propietarios que se lo devuelvan. Perseguir lo que vuelve. Recordamos y fabricamos la memoria para seguir indagando: la brecha entre el descubrimiento y la hauntología, y el “pasado resuelto” del que habla Derrida. También, la brecha entre la técnica y la magia en la reconstrucción de la realidad: la física como sistema de creencia y legibilidad [Federico Campagna - referencia dada por Akina -, en Cultura Profética para la imaginación que viene]: “Decidimos no creer en los ángeles porque no es práctico o no se ajusta al lenguaje-realidad”.

*

Una sala para leer juntas se viste con voces como lo que son, líquidos no convencionales. No acoge y no guarda el exceso de entonación de las lenguas que se hablan en el suelo fresco junto al lavamanos. Entonces el sol profundamente amarillo [amarillo girasol] guarda silencio sobre sus conocimientos de aquello que se filtra a través del texto. Deletrea mal la habitación en cualquier caso. Como una boca a veces toma aire; como un radiador, un árbol retorcido (un árbol-lengua) convertido en lienzo en un espacio compartido no ortogonal. “Tal vez la lengua sea también una llave”, dice Ocean (una nota en la nevera sobre las posibilidades poéticas de “¿Me dejas entrar?”, o “¿Quieres un vaso de agua? o “¿Está lo suficientemente calentito?”).

*

EJERCICIO: Mientras escuchas, escoge un cuadrante de 2cm cuadrados en el espacio. No le saques una foto, recuérdalo con todas tus fuerzas. Utiliza el zooming-in para establecer un punto de conexión y afinar un “lenguaje de atención específico”, todo ello para provocar procesos de pensamiento entre el disfrute, la distancia y la legibilidad. En una analogía con el tercer cajón del armario ropero de Montaña, propongo los siguientes objetos de la mirada: la canción del radiador y un vaso, que contra la pared sirven para escuchar sin ser vistos. Los fluidos de las paredes que amacenan agua y voces hermanadas en un pobre proceso de conservación que casi nunca llega a término.

En lo interior el edificio servía para probar prácticamente un aforismo que ya conocemos, por haberlo visto enunciado por la misma Marianela; es, a saber, que ella, Marianela, no servía más que de estorbo. En efecto; allí había sitio para todo: para los esposos Centeno, para las herramientas de sus hijos, para mil cachivaches de cuya utilidad no hay pruebas inconcusas, para el gato, para el plato en que comía el gato, para la guitarra de Tanasio, para los materiales que el mismo empleaba en componer garrotes (cestas), para media docena de colleras viejas de mulas, para la jaula del mirlo, para los dos peroles inútiles, para un altar en que la de Centeno ponía a la Divinidad ofrenda de flores de trapo y unas velas seculares, colonizadas por las moscas; para todo absolutamente, menos para la hija de la Canela. Frecuentemente se oía:

-¡Que no he de dar un paso sin tropezar con esta condenada Nela!...

También se oía esto:

-Vete a tu rincón... ¡Qué criatura! Ni hace ni deja hacer a los demás.

La casa constaba de tres piezas y un desván (...) Celipín, que era el más pequeño de la familia y frisaba en los doce años, tenía su dormitorio en la cocina, la pieza más interna, más remota, más crepuscular, más ahumada y más inhabitable de las tres que componían la morada Centenil. La Nela, durante los largos años de su residencia allí, había ocupado distintos rincones, pasando de uno a otro conforme lo exigía la instalación de mil objetos que no servían sino para robar a los seres vivos su último pedazo de suelo habitable. En cierta ocasión (no conocemos la fecha con exactitud), Tanasio, que era tan imposibilitado de piernas como de ingenio, y se había dedicado a la construcción de cestas de avellano, puso en la cocina, formando pila, hasta media docena de aquellos ventrudos ejemplares de su industria. Entonces la de la Canela volvió tristemente sus ojos en derredor, sin hallar sitio donde albergarse; pero la misma contrariedad sugirióle repentina y felicísima idea, que al instante puso en ejecución. Metiose bonitamente en una cesta, y así pasó la noche en fácil y tranquilo sueño. Indudablemente aquello era bueno y cómodo: cuando tenía frío, tapábase con otra cesta. Desde entonces, siempre que había garrotes grandes, no careció de estuche en que encerrarse. Por eso decían en la casa: «Duerme como una alhaja».

*una canción pueril tranquila
oye la niña rubia del balcón, (...)
limpiar coser cuidar las flores
nananana nana naraná*

Violeta, Una canción pueril tranquila.

Te doy mil maravedíes
por el bolsillo se escurren uno a uno
donde la sal, el bicarbonato. 1, 2, 3. Cinco y medio. El cuarto de
la plancha donde dormía
Marianela, y el cuco digo el mirlo que lo aprendía todo
lo que en la casa se decía “Nela Nela
no ves que no ves”

dónde has dejado el vinagre o el bicarbonato. Dormía en una
cesta como Moisés
y como Moisés se enamoró de Pablo,
y este de Garrett. De mano en mano como la falsa moneda,
se enamoró
dos mil maravedíes que traía en el peplo del pastor, el sol del
desierto es:
un ángel apolillado
con una espada a caballo.

Como un volcán de ciencias la niña asomada en el balcón,
el canario de las minas cantaba la niña asomada en el balcón
como un volcán de ciencias con el vinagre, por una balsa, una
baba densa
de butano reventada te doy mil maravedíes, mil naranjas
crudas formaban en corro unas cinco lenguas de tierra, digo
leguas abotonadas hasta arriba del todo de las enaguas
intracontinentales, incontinentes
lagunas que por cierto Cinabrio supo
nadar, nadar en las naranjas averrugadas y ahora:
consejos consejos que para mí no tengo

con una espada a caballo, por supuesto

repiqueteaba en su espalda como un ángel custodio en el pulmón
derecho porque todo el mundo sabe que Pablo era zurdo sino que
otra explicación le encuentras-

La tabla (de negociación)
de cortar de chopping our groceries le sac s'il vous plaît
me puedes enseñar que no has robado nada, que aunque trajeras
un gallo entero
I shall show off my hermoso interior almohadillado
con ambos lados desplumados: eco de una sola pieza, como un
volcán naranja cremoso
ni se te ocurra llevarte nada de vuelta.
Y eso es justo lo que quería decir.

“La tabla de olivo tiene que secarse siempre después de cada uso”
que si no se quiebra, se divide en mil maravedíes, siete leguas:
la falla de San Andrés. Y así es como tú y yo acabamos en dos
países distintos

Cinabrio secando la tabla contra los muslos, frís frás frís frás
también se imaginada, perfectamente
en un óleo de Cecilio Pla,

no me estoy negando a nuestro futuro imaginado
ahora que estamos en compromiso con el ceceo, no me estoy
negando, predigo terremotos
con el frís frás de los muslos, donde yo tengo pelos y tú no
uno de esos actos que no sirven para comunicar
una cortesía explícita ni lo curvo femenino,

perdóneme (oh) Cinabrio por la pobreza de mis palabras
once the necessary changes have been made
queda una Cinabrio Desnaturalizada,
la santa que apunta con su espada a lo gris elevado
con el velo verde plata, naranja butano.

ni lo curvo femenino del huevo de zurcir,
ni la melena agolpada en el sombrero espolón, me huelen el pelo,
no quieren
pues son dos serpientes que salen de la tierra antes de que acabe
el invierno:

y otra larga lista de cosas que se quedan a inhumar
una garganta.

Unos sacos de hierbas sin flores escaralladas contra la tela. Pon un oído en la almohada, si lo quieres escuchar. Aquí no te dejo anillos de ningún tipo. Solo monedas. Moneditas dejadas a cambio de tus colmillos por el Ratoncito de Susanita. Esta aguja, como el diente, atraviesa por los dos lados. ¿Cómo es posible que no le escuchase la cola al pasar si es el aire el medio que más desbarata los oídos? Dejaba bolsas de hierba seca espantada entre la ropa doblada en cuatro. A veces se me colaban en la maleta. Un órgano amorfo en pareja con un espliego verde en lo que antes fue un paño de la cocina subterránea donde no llega ni una línea de cobertura. Mal fario. Luz Mala. Una premonición de romero salsero en el bolsillo antes de pasar el control de seguridad como un suspiro.

Montaña se hizo unos cuantos agujeros para almacenar olores en los cajones del armario. Pequeños bolsillos sin pierna, una almohada de hecatónquiras [sin los 100 brazos como es debido] pero sí, con el reflejo del papel de plata luna para dormir mejor. Duerme junto al radiador con la almohada en los pies, y la nariz enterrada en el pelo. Sueña a la tarde en la sombra sucia del bolsillo del lado del corazón. ¿Cuál es la diferencia entre una cama doble y una de matrimonio? [me pregunto] ¿Tienen también bolsitas de olor? Montaña se llevó los guantes de su madre a la cara, entre el secreto del ángel y las pestañas, y entonces se le saltaron una dos o tres lagrimitas que cuyeron como dientes a la sopa. Tic, toc, ploc: Sopa purgada con hojas de nogal, color boca por dentro. Me dijo Tres en una carta que Fatimah Ashgar escribió una vez: “Smell is the last memory to go” (el olfato es el último recuerdo al que acudir).

[Panoplias de lectoras de rincón] mi hecatónquire de siete días:

Te Escribo con un Pequeño Temblor en la Mano. Pero No Me Estás Apareciendo como semillas que aguantan el cambio brusco de temperatura sin romperse en una espesa capa de levadura y dejan el suelo arenoso. Se come las hojas y deja el tronco. Duerme como una alhaja enroscada en el tronco desnudo de metal. Recoges unos laureles que pueden encarnar, de un momento a otro, al gato estampado que aparece con un huevo de dulce de leche y tuerce la calle a la babalà: Una quimera busca quimera. Esos chicos con los bolsillos cortados tienen guardados en una bolsita sus dientes de leche. Atraviesan por los dos lados. Comen juntos con el gato. Entre mechón y mechón, la masa solo espera a que le crezcan los estómagos y se le caiga el último diente y así, pueda comprarse un coche, un aparador, un hilo que corte el aire que ha venido del roto temprano de la olla que hierve esperando y que, como el diente, atraviesa por los dos lados.